

mente las fallas y limitaciones del sistema keynesiano, y se mira a un posible futuro en el que la noción de ciudadanía es, ciertamente, más abierta y extensa conceptualmente que la de los treinta años gloriosos. Por otra parte, hay que señalar también que el libro escapa de ejercicios filosóficos voluntaristas y, aunque construido desde la teoría (donde el vuelo es notable, con un despliegue de erudición verdaderamente llamativo), ésta no deja de ser eminentemente sociológica y realista, dando importancia a lo social frente a los análisis sustentados, en muchas ocasiones, en perspectivas que rechazan precisamente esta concepción de lo social (donde el trabajo juega un papel fundamental) para centrarse en otras cuestiones como la subjetividad, el deseo o la red. Por otra parte, sí podría señalarse como posible crítica que el autor se atreve, en ocasiones, a plantear alternativas que no siempre son descritas con la precisión que el lector a veces desearía encontrar, quedando algo desdibujadas; no obstante, hay que reconocer que el mero hecho de plantearlas es siempre, de por sí, un ejercicio arriesgado.

En definitiva, el último trabajo de Luis Enrique Alonso en un libro no sólo recomendable, sino imprescindible, que se inscribe con coherencia en una obra cada vez más reconocible y reconocida. *La crisis de la ciudadanía laboral* es un trabajo esencial para comprender la relación indestructible que se establece entre ciudadanía, trabajo, condiciones sociolaborales y calidad en la democracia, expresada desde una perspectiva sociológica cualitativa y progresista. Dadas las condiciones específicas de la sociedad española actual (marcada por el fenómeno de la precariedad laboral y las crecien-

tes desigualdades sociales, junto a un discurso político y social cada vez más conservadurizado), su lectura se hace más necesaria que nunca.

Carlos Jesús FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

---

**Stephen Menell**

**The American Civilizing Process**

(Polity Press, 2007)

---

La bandera de la civilización se izó en el siglo XIX y, desde entonces, no ha vuelto a arriarse. Suele permanecer en calma, aunque también se agite cuando el viento sopla amenazador. La más sonora de las invocaciones civilizadas frente al más letal de estos vientos llegó tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y lo hizo para enfrentarse al enemigo de siempre; la barbarie. La voz con más resonancia del planeta, el presidente de los Estados Unidos, anunciaba que América volvía a marchar en defensa del mundo civilizado. La invocación se presentaba en términos absolutos, sin fisuras aparentes y bajo su indiscutible liderazgo. Hablar en nombre de la civilización exige que las contradicciones y las paradojas se silencien. Sin embargo, acallarlas no es sinónimo de que desaparezcan. La labor del sociólogo es, en parte, conseguir que afloren; es no otra cosa que la zapa del mito.

*The American Civilizing Process* arranca de aquellas contradicciones y paradojas que

asombran al observador lego y desafían al experto: la vigencia de la pena de muerte y la restrictiva legislación anti-tabaco en favor de la salud y la vida, la sacralización del individuo y el fervor patriótico, la reivindicación del sufragio y la posibilidad de armas para los particulares, o el integrismo cristiano y la ciencia universitaria de primera línea, son muestras aparentemente desconcertantes de lo que alberga la sociedad estadounidense. Stephen Mennell parte de este punto para trazar un recorrido por el proceso americano de la civilización haciendo acopio de cuanto nos legó Norbert Elias, como precursor de la llamada «sociología figuracional». Así, se trataría de ver en qué medida las hipótesis del sociólogo alemán son aptas para explicar el desarrollo y evolución de la sociedad norteamericana desde los primeros colonos hasta nuestros días. ¿Cómo se comportarán esas hipótesis en este caso? La curiosidad desata este primer interrogante pues mucho de lo que va a enfrentarse desafía la lógica eliasiana: un país compuesto por múltiples Estados y cierta aversión a los gobiernos centrales, un monopolio estatal sobre la violencia sospechosamente incompleto, un espacio social sin aristocracia y una historia breve en comparación con Europa. He aquí una puesta a prueba, un test para la teoría del proceso civilizatorio. Para ello, Mennell sigue a Elias muy de cerca, aunque sin construir una réplica de *El proceso de la civilización*. Prefiere centrarse en aspectos concretos —armas, religión, Estado o maneras, por ejemplo— que examina con detenimiento, señalando sus interconexiones pero sin confeccionar una narración general. Priman el análisis y la comparación —con Alemania, Francia o Inglaterra— ante una narración que, al sacrificarse, aminora el sentido

procesual y dinámico del desarrollo histórico-social que pretende describirse. En cualquier ejercicio de sociología histórica, y éste lo es, habría que armonizar narración, análisis y comparación. Esa necesidad, como en su momento indicó R. Ramos (véase *REIS*, n.º 63), es, simultáneamente, de imposible satisfacción, pues termina por prevalecer alguno de los elementos sobre los otros. Que sea necesario e imposible no deslegitima el intento de Mennell. Tan sólo advierte una falla compartida con toda una nómina de autores —Mann, Tilly, Skocpol...— que se han aplicado en el estudio de procesos sociales a largo plazo. Quedan fijadas, por tanto, las credenciales de la obra.

Entrando en su lectura, comprobamos que el proceso americano difiere y no difiere de las líneas generales que Elias dibujó para Europa. Así, América no es una excepción y, al tiempo, sí que llega a serlo. La idea de la excepcionalidad fue alimentada por toda una tradición que arranca de los primeros colonos y se concreta con los Padres Fundadores, quienes ven ante sus ojos un mundo sustancialmente distinto al europeo. Distinto al dar por descontados y garantizados ciertos patrones de conducta —la convivencia pacífica y armónica, la innata racionalidad humana o la imperativa adhesión a la ley— que no son sino resultado de un largo proceso civilizatorio que venía desarrollándose en Europa desde hacía siglos de forma inintencional y no planeada; un proceso que llevaron consigo como equipaje a través del océano y que les permitió no comenzar de cero. La cuestión de la excepcionalidad se plantea como la consecución consciente e intencionada de unos estándares de vida diferentes, por más avanzados, a los del Viejo Continente. Ello les

condujo a considerarse civilizados, a confiar en que ese grado de civilización era irrevocable, a creer que el autocontrol derivaba únicamente de su voluntad y razón para disciplinarse, a pensar que las coacciones externas que provienen del poder político ya no eran tan necesarias. Y, de este modo, dándose uno por civilizado, ¿qué necesidad habría de un Estado que garantice la paz social si todos son capaces de gobernarse a sí mismos? La excepcionalidad americana se construye asentada en la idea de que la civilización es antes un logro que un proceso. Mennell sabe que no es así, sino al contrario; que el proceso transita, precisamente, hacia un autocontrol creciente producto no intencional de la agregación de infinitas y anónimas acciones intencionales. Desde esta óptica, la excepcionalidad va a ponerse en entredicho. Rebajémosla y hablemos de la concreción singular del proceso civilizatorio en América. Con ello, Mennell da los primeros pasos en su labor de zapa.

En Estados Unidos, ciertos monopolios no han sido del todo posibles, o al menos posibles según la pauta europea. Ningún grupo social ha sido plenamente capaz de revindicar con éxito el control sobre los patrones de conducta para definir globalmente qué conductas y emociones resultan correctas o incorrectas. No ha existido una única «Buena Sociedad», un punto central e inequívoco que sirviera como guía indudable a la hora de comportarse. En cambio, sí se ha manifestado una pluralidad de centros de referencia y la consiguiente concurrencia entre los mismos. De este modo, las élites norteñas cultivadas han coexistido junto a los grandes terratenientes sureños y la selecta riqueza al estilo Rockefeller. A esto se le une

que la extracción social de los colonizadores no estuviese en las capas altas de su lugar de procedencia. Se perfila, como ya advirtió Tocqueville, un mundo de iguales en el que el trato social no observa grandes diferencias de jerarquía y, en consecuencia, la interacción personal se torna menos formalizada dada la teórica ausencia de rangos. Para Elias, las aristocracias desempeñan un papel de gran relevancia en el proceso civilizatorio: los nobles doman sus bríos con el traslado a la Corte. Allí, la competencia, antes expresada en términos de poderío militar, se articula ahora en torno al prestigio y las oportunidades de estatus. El caballero feudal se transforma en cortesano pacificando su conducta. Mas América no tuvo nobleza ni sociedad cortesana. O sí, sostiene Mennell, que ve en los grandes propietarios del Sur un remedo funcional de la aristocracia europea.

Los terratenientes sureños fueron una minoría económica y políticamente poderosa. Participaban de un «*ethos* guerrero» que se materializaba en la posesión de medios privados —armas y pequeños ejércitos— para ejercer la violencia en sus propiedades. Añádanse las legiones de esclavos que trabajaban en sus tierras, la pésima consideración del trabajo manual y, a ojos del Norte, la irracionalidad económica de su estilo de vida, marcado por el dispendio y los gastos ostentosos. También fue notoria su negativa al sometimiento en relación a una autoridad central. La derrota en la Guerra Civil inclina el balance de poder del lado de los norteños. Ello trajo consigo la desfuncionalización de estos «guerreros» del Sur, que, con todo, impregnarán el *habitus* nacional norteamericano de un resentimiento contra

Washington, su recelo frente al «negro» y una conciencia de minoría cualitativamente excelsa. En un Norte bastante más pacífico, se desarrolla una burguesía profesional y comercial cuyo modelo es el *gentleman* cultivado que ahorta conducta y emociones en virtud de la interdependencia económica. Menell se centra en el efecto civilizador del mercado, en esa mudanza desde las pasiones a los intereses que acentúan el sentido de la disciplina, la previsión, la adquisición de destrezas intelectuales y la moderación. En este terreno, vuelve a recordar mucho de lo que nos dijo Weber calibrando las consecuencias de la escasa regulación que en la persecución de la riqueza existió en Estado Unidos —comparándola con Europa— dada la no condena del trabajo manual. Todo esto a cuenta de esa pluralidad de centros de referencia para el comportamiento, de esa carencia de una élite que gestione discrecionalmente los patrones de conducta y emocionalidad, de los diferentes grupos que reclaman tal monopolio sin que éste llegue a cerrarse.

Otro de los monopolios que ha presentado una evolución peculiar es el que se refiere a la fuerza. Menell entra de lleno en la construcción del Estado —aspecto imprescindible para un eliasiano— y su control sobre el uso legítimo de la violencia. Comienzan, me atrevo a pronosticar, las páginas más llamativas para el lector. Al igual que en Europa, el Estado americano nace de la guerra. Como el Nuevo Mundo no es *Terra Nullius*, las unidades que pugnan por un balance de poder favorable van desde los propios autóctonos hasta los colonizadores, pasando por monarquías europeas como Francia, Inglaterra y España. Estados Unidos

se hace caminando hacia el Oeste. La expansión, tomada globalmente y desde la perspectiva del largo plazo, adopta el formato de un proceso no planeado. El objetivo último, alcanzar la costa del Pacífico, difícilmente se adivina en los pioneros de la conquista. Su propósito inicial es más modesto: en el fondo, les bastaba con tomar la tierra inmediatamente más próxima. Conforme se suceden los éxitos, también se aprovechan oportunidades imprevistas pues los desencuentros entre las potencias europeas pondrán a disposición de los americanos territorios como Lousiana o Florida, adquiridos previo pago. Menell reconstruye la dinámica expansionista advirtiendo una cuestión clave: la inintencionalidad en el avance va dejando paso a la intencionalidad según Estados Unidos adquiere mayores niveles de poder. Cuando América se fortalece, las condiciones de competencia interna le serán paulatinamente propicias; tendrá más capacidad para imponer el resultado pretendido, y lo que era una quimera —el Pacífico— paso a paso podrá definirse como un propósito buscado. Esto no fue posible sin el concurso de la violencia. Desplazar la frontera implica someter a los grupos situados más allá y, al mismo tiempo, pacificar el espacio que queda dentro. Y es esta pacificación la que se intuye incompleta.

Menell se sumerge en la imagen de una América atestada de armas y muertes violentas; imagen un tanto distorsionada que conviene ajustar. La reducción de la violencia, observada diacrónicamente, ha resultado similar a la de gran parte de los países europeos aun con los consabidos repuntes de la Guerra Civil y la Gran Depresión. Lo que sí resaltan son los elevados porcentajes de violencia interpersonal,

un tipo de homicidio impulsivo que, en efecto, distingue a Estados Unidos de Europa. El porqué ha de buscarse en el desarrollo histórico del país, planteando Mennell una hipótesis ciertamente atractiva en línea argumental con la idea de una democracia que para los americanos llegó demasiado pronto. La violencia en Europa se centraliza y monopoliza estatalmente para después dar paso a su democratización. Esta democratización comporta una reivindicación de vigilancia sobre los administradores del monopolio por parte de grupos que desean coparticipar en su administración o, al menos, cuidarse de que éstos no actúen arbitrariamente y sí con arreglo a leyes que lo limitan. La titularidad y gestión de la violencia legítima se somete a un escrutinio público ligado al incremento de la participación ciudadana. Europa desarma primero a los ciudadanos para luego hacerlos partícipes en el control del monopolio estatal de la violencia. Estados Unidos, por el contrario, entra en la fase de la democratización sin haber completado esa centralización: antes de desarmarse, el americano ya pide cuentas a los administradores de la violencia y reclama que su vigilancia se base en la posibilidad de emplear la violencia a título particular. Así, se plantea la coparticipación en el monopolio cuando éste todavía no se ha completado. Desposeer al individuo de este derecho sería dejarlo inerte ante el Estado. Además, en un país en el que las fronteras cambian y se mueven, no quedaría otro remedio que confiar en una ética de la autodefensa individual acompañada de su correspondiente par de pistolas.

Esto en lo que toca al Estado como administrador de la violencia. Existe, por ende, otra

versión, la del Estado como proveedor de bienes y servicios, que Mennell no pasa por alto; en definitiva, el Estado en tanto suministrador de bienestar. Éste responde a una lógica de socialización del riesgo. Así, la pobreza, la delincuencia, el desempleo o la enfermedad se entienden manifestaciones de una desigualdad socioeconómica que, a la postre, es quien genera tal riesgo para el individuo. La solución pasa por desactivarlo mediante políticas sociales, inversión estatal y redistribución vía impuestos. Todos, pues, contribuyen a reducir los riesgos de todos. América no ha estado en algunos momentos tan lejos de esta visión del Estado-providencia. Existieron leyes de pobres, pensiones de guerra para viudas y huérfanos o seguros de desempleo, éstos en tiempos del *New Deal*. Incluso, so pena de simplificar, Mennell arguye que si se suma la inversión estatal a la que realizan las empresas en cobertura para sus trabajadores, los niveles de gasto social se aproximan a los europeos. Componendas aparte, lo que se constata es que desde los sesenta la solución al crimen y la delincuencia no ha seguido la pauta europea. Se opta por un «welfarismo penal» en forma de cárceles, policía, jueces y leyes como medio prioritario para neutralizar ese riesgo; una reacción bajo la modalidad de la «mano dura» ante el pánico provocado por los conflictos raciales, la formación de *ghettos*, una creciente sensación de inseguridad urbana y el asesinato de Kennedy. Al margen del crimen y la delincuencia, es el individuo el agente llamado a conjurar los riesgos restantes. En este instante, Mennell conecta su exposición con el análisis del «sueño americano»; aquel que habla del trabajo duro y el esfuerzo personal como vehículos de ascenso

en el seno de una sociedad abierta e igualitaria.

Llega el momento de corregir a Elias. Para éste, el incremento de la interdependencia conlleva dinámicas de democratización funcional entendida como reducción de la distancia social y las diferencias de poder entre los individuos. Mennell discute la secuencia «interdependencia - democratización funcional - identificación mutua», no tan fácilmente observable en el contexto estadounidense. Es cierto que las redes de dependencia mutua han crecido, mas no está tan claro que la distancia social haya disminuido. Las cifras del autor demuestran que la brecha socioeconómica entre los americanos se ha ensanchado. En buena lógica, es complicado argumentar que el resultado final sea el de la mutua identificación cuando ésta es en verdad asimétrica. Aunque multitud de libros, películas y canciones se han dedicado a impugnar el mito del «sueño americano», éste se ha comportado y comporta como un potente configurador de mentalidades. Al final, sugiere el americano, lo que queda es el individuo, su capacidad y su aprovechamiento. Por eso, y porque la identificación es asimétrica, se complica la materialización de un Estado del Bienestar. Amplios sectores de la población entienden que la cobertura estatal beneficia «a los que no son como nosotros», a las minorías culpables —por ociosidad, pereza o descuido— de su propia desgracia.

Junto al de la conducta y la violencia, el último monopolio que presenta sus peculiaridades es el del sentido; el de la orientación religiosa. Elias recibió en su momento numerosas críticas por haber desatendido el efecto civilizador

de la religión. Al no considerar, se decía, el autocontrol de carácter religioso obviaba una de las principales fuentes de las que bebe la regulación del comportamiento y los afectos. Y aunque este argumento tenga su razón de ser, no menos acertado resulta su contrario: considerar que la religión posee por sí misma una impronta civilizadora no deja de ser un reduccionismo; mejor será entenderla en relación con el contexto social y así comprobar que las creencias religiosas son tan «civilizadas» como «civilizada» sea la sociedad que las sostiene. América albergó en su seno toda una constelación de confesiones que todavía hoy en día funcionan a pleno rendimiento. Si el aserto *In God we trust* otorgaba carta de naturaleza a un Dios generalista no identificado puntualmente con ningún credo, al tiempo se desarrollaban variados centros de referencia que competían por una aceptación mayoritaria de sus mensajes. No hay una Iglesia anexa al poder civil que reduzca esta pluralidad y se haga con la gestión del sentido. De nuevo, otro monopolio que no termina de concretarse

A punto de echar el telón, Mennell construye un último capítulo —que también es conclusión— sugerente e inquietante. Sugerente porque se vale de la oposición establecidos/marginados para entender el papel que ha venido desempeñando Estados Unidos en el mundo. E inquietante por las sombras que arroja precisamente ese papel. América se afirma hoy como primera potencia mundial y, volviendo al principio, estandarte y bandera de la civilización. Representa la posición del país «establecido» que construye una narrativa propia seleccionando lo más granado de su repertorio nacional. En paralelo, no es raro que esa

narración de los americanos para los americanos contenga las habituales dosis de maniqueísmo de quien se percibe a sí mismo como moralmente superior frente a la inferioridad de los otros. Esos «otros» que construyen parte de su cotidianeidad adoptando las directrices del «establecido» —americanizando gustos, vestimenta, alimentación, cultura...— las combinan con algún tipo de resquemor ante su hegemonía —antiamericanismo en sus más diversas modalidades—. De esa consideración de país «establecido» líder entre los «establecidos» nace la inquietud. La conducta civilizada se explica como un balance entre autocontrol y heterocontrol progresivamente favorable al primero aunque sin la desaparición total del segundo. Como cualquier individuo «civilizado» —y aquí Mennell da un arriesgado salto desde lo individual a lo colectivo—, América ha de autocontrolarse, entre otras cosas porque existen todavía coacciones externas que a ello le impelen; léase la legalidad internacional. Aquí el discípulo vuelve a separarse del maestro y, mientras Elias comentaba con optimismo que las generaciones futuras verían en las Guerras Mundiales y los totalitarismos el ejemplo de los últimos «bárbaros», Mennell destila, en contrapartida, puro escepticismo aliñado de pesimismo.

¿Qué sucede cuando esas coacciones externas ya no obligan? ¿Qué ocurre si se diluye el heterocontrol? Al inclinarse el balance de poder del lado americano, es claro que las oportunidades de Estados Unidos para actuar con arreglo a criterios exclusivamente propios aumentan. Las leyes internacionales ya han sido violadas, el heterocontrol no asegura la autocontención y su debilitamiento provoca el des-

control y la arbitrariedad. No es que desde ahora pidamos que América se comporte como una suerte de «buen samaritano» altruista y generoso a escala global. Los países, en lo que toca a política internacional, difícilmente prescinden de sus intereses y América es, por tanto, como el resto. Ocurre que sus oportunidades de poder —sostenidas con el recurso último a la fuerza tecnológico-militar— son mayores y sus imposiciones traspasan el límite del heterocontrol que fija la ley sin que medien las correspondientes sanciones. Quien así obra, justifica y habilita «reductos de barbarie» en determinados puntos de la tierra. América se dice la mayor parte del tiempo «civilizada» a la vez que reconoce una «barbarie selectiva» como precio que irremediamente hay que pagar por mantener la civilización. Se vuelve sobre lo mismo, sobre la vieja idea del pelotón de soldados que, en última instancia y llegado el momento, nos salvará a todos. Sin embargo, extender la civilización de esta guisa es también extender la barbarie. Mennell parece compartir este pronóstico, o quizá sospechar que no es del todo errado, rescatando una certera frase de Dickens: «*Creo que el golpe más fuerte alguna vez propinado en la cabeza de la libertad corresponderá a esta nación en el fracaso último de su ejemplo a la tierra*». La paráfrasis es sencilla y ve en los Estados Unidos el verdugo de la civilización. No es un destino cerrado, pero sí un horizonte posible. En su Cruzada, América produce monstruos. Ironías del destino o, mejor, del proceso civilizatorio, que, con tiempo, quizá haga del americano el último de los civilizados y el primero de los bárbaros.

Fernando AMPUDIA DE HARO